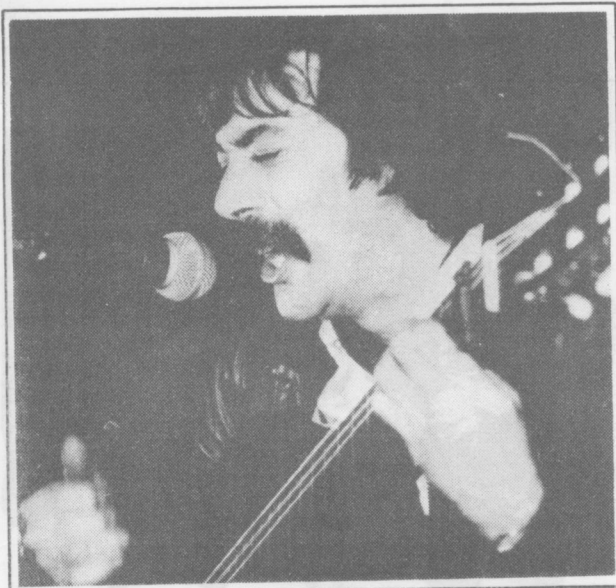


El movimiento se demuestra andando

El miércoles ocho, durante una pobre mesa redonda sobre literatura uruguaya, organizada por ASESUR (gremio de los escritores) en el marco de la Novena Feria Internacional del Libro, el teatrista Alberto Restuccia, muy suelto de cuerpo, otorgó el certificado de defunción al llamado Canto Popular. "Feneceió" fue el término utilizado. El viernes diez, tan suelto de cuerpo como el anterior y sin estar enterado del exabrupto, Héctor Numa Moraes, en un espléndido recital realizado en el mismo local, probó exactamente lo contrario.



Un público joven, que desbordaba con largueza la capacidad de la sala, ubicado con mucha antelación en espera del juglar de Tacuarembó, dio fe, desde temprano, de la expectativa existente en relación a su trabajo. Expectativa tanto mayor, y a la postre tanto más justificada, que la que dos días antes había motivado la convocatoria de nuestro gremio. Ciertamente, pobre fue el marco en el que se registró la "boutade" de Restuccia, entusiasta hombre de teatro, un marco en el que el solitario empeño de Saúl Ibargoyen por centrar la cuestión y dimensionarla adecuadamente, y algunas observaciones agudas de José Pedro Díaz, no bastaron para desprender el tedio que se instaló tanto sobre los panelistas como sobre el público.

Restuccia, a fin de cuentas un conservador (no hay más que ver el empeño con que "conserva" los principios de las vanguardias europeas de hace treinta o cuarenta años) es proclive a actitudes como la onettiana de "tirar la piedra en el charco". Hay casos como éste, en el que aparentemente no se fija muy bien para dónde es que va a salpicar, y termina, voluntaria o involuntariamente alineado con Elizalde y El Día, en la "contra" del canto popular.

Ojo, desde estas páginas se ha alertado mil y una vez contra los riesgos del panfleto, se han cuestionado cosas del llamado canto popular, que preferimos abarcar bajo la denominación de Música Popular Uruguaya. Se ha señalado que la partidización del canto, especialmente en el período electoral haría pagar un precio alto a toda la música nacional, más allá de banderías, etc. etc. Es decir,

desde aquí podemos, sí, tirar la primera piedra, si se trata, ahora de defender a la música y a los músicos de sus voluntarios sepultureros, que son muchos.

Al esfuerzo de algunas páginas de espectáculos, por suerte, poco prestigiosas, le aparecen ahora aliados **dentro** de la cultura, porque sin duda, a Alberto Restuccia hay que reconocerle tal carácter, siquiera en función de su persistencia. A raíz de su intervención en la escuálida mesa redonda de marrras, este cronista se preparaba a enhebrar algunas reflexiones, cuando, el viernes, se registró el concierto de Numa Moraes. "El movimiento se demuestra andando" terminaba la nota de la semana pasada, y la frase viene de perillas para esta nueva alternativa, la tajante respuesta que sobre la marcha ofreció el cantor.

Un recital como el del viernes vale por mil certificados de defunción (y de paso digamos que también por otras tantas notas como ésta). Haciendo un repertorio casi enteramente nuevo, para un público que no lo conoció antes, tocando mejor que nunca, este músico, que es algo así como el nexo vivo entre la generación del sesenta y los de ahora, dio el mentis al superfluo forense. Los viejos temas, que fueron apareciendo a pedido de esos jóvenes, fuera de programa, probaron además, la continuidad con otras etapas históricas de la canción, que se asumen, pero que se enriquecen con el aporte de todos estos años, con las experiencias acumuladas. El mismo mentis están ofreciendo semana a semana otros músicos, jóvenes y viejos, jóvenes los más. a pesar del vacío con que se intenta acallarlos, de la "borratina" de tan-

tos medios de difusión que en su momento treparon "al carro" del Canto Popular. Restuccia —eterno automarginal— se alegra ahora del supuesto sepelio del Canto Popular, tanto como antes debe haber desdeñado su innegable popularidad, aunque

ello no le impidiera usar al Canto Popular cuando se trataba de llevar público a su extinto Teatro Tablas. Por cierto, acá tampoco se trata de negarle al teatrista su derecho a decir lo que quiera, estamos en una democracia. Pero como estamos en una democracia, uno también tiene el derecho de juzgar los dichos ajenos, cuando son en público, y emitir su propia opinión. La de este cronista es que el snobismo de Restuccia, como todos los snobismos, termina alineándolo junto a "compañeros de ruta" poco recomendables, y con los que —muy probablemente— no se sienta identificado. Pero eso es cosa suya. Para terminar, podría repetírsele aquéllo de "los muertos que vos matáis" si no fuera porque el ejemplo de Numa ya lo dejó bastante claro.

Elbio Rodríguez Barilari